

LISELLA

(Gracias a Laura).

Lisella, la ciudad de las personas felices, decía el anuncio. No había oído hablar de este lugar antes. Elegí el amanecer para llegar, sabiendo que si me quedaba a vivir allí, tendría que dejar atrás mi anterior vida: segundo piso en el centro con un sofá y una copia de un Monet en el portal y ascensor, puesto de supervisor de ventas en una multinacional alemana, el paseo a la panadería y al quiosco, la plaza de garaje, los amigos de los jueves por la noche en el pub irlandés.

Tenía entendido que había que pasar una criba, una serie de preguntas aparentemente sin importancia, para saber si uno merecía la ciudadanía.

Cuando me acercaba al puntito que señalaba el mapa, levanté la cabeza y vi un cartel: *Bienvenido a (pon tu nombre aquí)*.

No eran edificios de diez plantas lo que me esperaban, ni plazas adornadas con vegetación, monumentos, catedrales, puentes, paradas de autobús, semáforos. Estaba atravesando lo que parecía ser un pequeño pueblo, con casas austeras dispersas por un amplio páramo, y me desanimé porque comprendí que iba sin rumbo.

Otro cartel me iluminó: *¿Eres nuevo? Párate dentro de cien metros*.

Lo hice. Supuse que era allí donde sufriría el interrogatorio. Me había preparado algunas respuestas a conciencia, para poder hablar de forma automática, como cuando uno teclea el pin de su teléfono móvil, o parpadea dos veces cada quince segundos.

Paré el coche, y el silencio me aturdió. No era la idea que me había hecho sobre Lisella. Pensé que sería una urbe agitada, festiva. Sin embargo, las cuatro casas mal contadas parecían constituir una especie de plaza central.

Llamé a la puerta. La abrió un hombre que me invitó a pasar con tranquilidad.

—Nuevo, ¿verdad?

—Sí.

—Siéntate.

—¿Dónde?

Miré por toda la habitación y no había apenas muebles, sino cuadros y pósters de todo tipo. Lo mismo podías ver uno de Marilyn Monroe que de un paisaje invernal.

—En el suelo. Ahí hay cojines. ¿Quieres zumo caliente?

—¿Zumo caliente?

—Sí, con este frío... lo mejor es un buen vaso de zumo de naranja caliente. Ahora te lo traerá alguien. Es que estamos celebrando que mi hijo ha plantado un árbol. Hacía mucho tiempo que quería hacerlo.

—¿Es... con usted con quien tengo que hablar?

—De usted no, por favor. ¿Qué sentido tiene? Si te quedas, pronto nos trataremos de tú porque nos veremos de vez en cuando. Y si no te quedas, al menos nos tutearemos para que la experiencia te sea más cercana.

—De acuerdo.

—¿Por qué quieres vivir en Lisella?

—Por el anuncio: Lisella, la ciudad de las personas felices.

—Ah, aquí viene el zumo caliente.

Un adolescente me lo ofreció, y casi gesticulé, de puro dolor. El vaso estaba ardiendo.

—Bueno, te cuento. Te haré unas cuantas preguntas, para ver si estás preparado para vivir aquí. Pero no te preocupes, no son difíciles.

—Vale.

—¿Qué quieres hacer en la vida?

—Quiero ser feliz, y aportar mi granito de arena para que este mundo sea mejor —reconozco que me lo aprendí de memoria.

—¿Mujer, hijos?

—No.

De pronto, el silencio se vio interrumpido por música. El ruido me hacía indicar que en la sala contigua, un grupo de un número indeterminado de personas habían empezado a bailar.

—¿Crees en alguna religión?

—No.

—Y, ¿hay alguna verdad absoluta?

—No lo creo. Todos tenemos una verdad, pero ninguna es la absoluta.

Alguien entró, y sin presentarse, se dirigió a mi interlocutor.

—¡Eh, Rey del Mundo Mundial! ¡Que tu hijo ha plantado un árbol! ¿Dónde están todos?

—¡Buenos días, Hombre más Gracioso de la Tierra! Pasa ahí, que estoy con un nuevo.

El hombre se despidió con la mano antes de irse a la otra habitación.

—¿Qué esperas encontrar en Lisella? —siguió el hombre, que sonreía por todo, como si todo fuese divertido y especialmente disfrutable.

—Quiero una vida tranquila y plena, alejado de la mediocridad que la ciudad me propone en mi rutina.

—Muy bien.

—No me ha preguntado el nombre.

—¿Qué nombre quieres tener?

Pensé por un momento.

—Alan Rickman.

—Ah, como el actor.

—Sí.

—Muy bien, Alan Rickman. Te contaré un chiste: es un padre que está con su hijo pequeño. El hijo pequeño señala un aparato de aire acondicionado, y le pregunta a su padre: ¿es un árbol? Y el padre, corrigiéndole tiernamente, le responde: No, es un tenedor.

Dicho esto, se puso a reír sin parar, dejando de lado el autocontrol y tirándose al suelo. Pensé durante unos segundos. ¿Qué es lo apropiado? ¿Reírse o no reírse? Si le río la gracia, creerá que lo he hecho por darle el gusto, pero puede achacarme mi falta de libertad. Si no le río la gracia, no entraría en su espiral de humor absurdo. Finalmente, me acordé de una anécdota familiar, y me reí.

El hombre, dejó de reír pasado un minuto, y volvió a la entrevista.

—De acuerdo, Alan Rickman —logró decirme, mientras se secaba las lágrimas con su camiseta de color verde fosforito—. Déjame aquí tu nombre y tu teléfono, para que te podamos llamar si resultas elegido.

Han pasado meses desde aquello, y aún no comprendo por qué no pasé la prueba.

Luisfer Romero Calero